

acerca del muérdago (trazas del cual también aparecieron en el contenido estomacal del Hombre de Lindow); relatos sobre los *bogies*, *bugganes*, etc. (espectros cuyo nombre deriva de *bog* = pantano), mitos y leyendas acerca de la decapitación, y otros detalles de interés. Turner concluye que "todo esto parece más que meras coincidencias y tienden a reforzar la tesis de que algunos enterratorios hallados en pantanos sean sacrificios rituales". (...) "La fuerza de esto queda sugerida no sólo por el gran valor de los objetos recobrados en pantanos de turba sino también por el aparente status social de las víctimas. Para una comunidad de escasos recursos materiales, el más valioso elemento que tenían para ofrendar era un hombre o mujer de status. Incluso puede pensarse que ellos marcharían voluntariamente a la muerte" (p. 176). En su capítulo final de síntesis, Stead hace suya esta idea: todo indica un ritual céltico (el muérdago era una planta sagrada para los Druidas) realizado en un bosquecillo sagrado adyacente a una vertiente también sagrada que daba origen a la pequeña laguna dentro de la cual fue colocado el joven ofrendado (¿esclavo escogido, miembro de la clase sacerdotal, príncipe?...), en una región "marginal" que aún no estaba bajo control efectivo del Imperio Romano que por entonces acababa de extenderse hasta la actual Inglaterra.

Un Apéndice con un repertorio detallado de todos los restos humanos hallados en las Islas Británicas, compilado por Briggs y Turner, y una extensa Bibliografía correspondiente a cada capítulo completan el volumen. Del mismo puede decirse que, aparte de sus resultados físico-biológicos y culturales para el caso estudiado, posee un indudable valor metodológico, constituyendo un buen modelo de aplicación de conocimientos y de técnicas científico-naturales a la arqueología.

Juan Schobinger

BRYAN, Alan Lyle (editor): *New evidence for the pleistocene peopling of the Americas. Peopling of the Americas Symposia Series. Center for the Study of Early Man, University of Maine, Orono, Maine, 1986. (368 pp. en dos columnas.)*

El poblamiento más antiguo de América es uno de los grandes temas (y problemas) de la ciencia antropológica. Entre quienes con más seriedad y entusiasmo se han ocupado del

mismo en los últimos veinte años se halla Alan L. Bryan (asistido, como en el resto de sus trabajos, por su esposa Ruth Gruhn). Los conocimos en 1970, en ocasión de una extensa gira que estaban realizando por Sudamérica para visitar sitios, museos e investigadores; posteriormente realizaron excavaciones en Venezuela y en Brasil, en colaboración con especialistas locales. En 1978, Bryan editó un importante volumen titulado "Early Man in America, from a circum-pacific perspective" (University of Alberta, Occasional Papers of the Department of Anthropology, N° 1, Edmonton, Canadá), que incluía trabajos arqueológicos y paleoecológicos sobre todas las regiones del continente así como seis artículos sobre el E. de Asia, que permitieron vislumbrar interesantes paralelismos y/o posibles relaciones con América. En su síntesis final, Bryan expuso un "Panorama de la prehistoria paleoamericana visto desde una perspectiva circum-pacífica". Ya para entonces quedaba claro que el proceso de poblamiento fue complejo, y más antiguo de lo que se suponía en círculos académicos.

Pocos años después, en 1981, se reunió la Comisión sobre Poblamiento de América de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (UISPP), como parte de su décimo congreso en la ciudad de México. El interés de los temas presentados movió a su coordinador Bryan a planear un nuevo tomo con la misma temática, con los trabajos presentados y revisados, y algunos otros. El libro estaba listo para ser publicado en 1983, pero "por una infortunada combinación de circunstancias" (que no conocemos) su aparición se demoró por tres años. Con la ventaja, sin embargo, de que algunos autores pudieran actualizar sus textos. Por lo visto, la "difícil causa" del hombre pleistoceno en el Nuevo Mundo llevó también a un parto difícil para este extenso libro. Pero el resultado fue de enorme valor; un paso decisivo para la apertura de la prehistoria americana en su real dimensión en tiempo, espacio y cultura. No menor mérito fue el dar una amplia cabida a trabajos sobre el extremo sur del continente (4 trabajos sobre Argentina y dos sobre Chile).

La cantidad de contribuciones sólo nos permite poco más que un listado de las mismas. Aclaremos que éstas salen en el idioma utilizado por sus respectivos autores, correspondiente salvo excepciones a los países de los que provienen. En todos los casos hay resúmenes en inglés.

Utilizando los trabajos aquí publicados (y otros hasta 1984), A. L. Bryan delinea una "prehistoria paleoamericana vista desde Sudamérica", mostrando lo insostenible del modelo ortodoxo de una entrada inicial del hombre desde el Asia no antes de la retirada del último máximo del glaciar Wisconsin, hace uno 15.000 años, y con Clovis (11.500 antes del presente) como primera cultura identificable. "Es necesario que los arqueó-

logos americanistas cambien su concepción acerca de la economía y la tecnología de los más antiguos americanos" (p. 1): éstos no eran cazadores especializados sino recolectores o "forrajeadores" (*foragers*), cuya presencia está atestiguada en dos sitios sudamericanos hace unos 33.000 años, y cuyos antepasados debieron llegar desde el norte (y desde el Asia) mucho antes. También el autor siguiente, J. Alsoszatai-Petheo, tras rechazar el preconcepto de los "ortodoxos" que lleva al sistemático escepticismo o rechazo de cualquier evidencia acerca de un "hombre Pre-Clovis" en América, fundamenta la necesidad de formular un *paradigma alternativo*, sistémico y no normativo, dentro del cual se pueda avanzar en la investigación del *Early Man* y superar una *impasse* que de algún modo se origina en los años Veinte, con Holmes y Hrdlicka como cabezas visibles de esa tendencia. (Ver, sobre esta problemática, el artículo del reseñante "Algunas observaciones terminológicas sobre la prehistoria americana", en el t. 38-40 de esta revista).

Pasando a los trabajos referidos a yacimientos -en un orden que va de norte a sur- Richard Morlan presenta un detallado análisis de los problemas relacionados con el río Old Crow. Ante las dudas y críticas expresadas por algunos sobre su antigua industria ósea, busca explicaciones alternativas como causa para su fracturación. Hasta no disponer de criterios más seguros para diferenciar los factores humanos de los naturales en la alteración de ese material, nada puede asegurarse sobre la presencia del hombre en los estadios iniciales del Wisconsin. Sí en cambio puede darse por segura entre los 30 y los 24 mil años atrás, por más que se trate de artefactos redepositados. Otro investigador del N. W. canadiense, William Irving-fallecido prematuramente hace poco-, presenta junto con sus colaboradores A. Jopling y B. Beebe "Indicaciones de la presencia humana antes del interglacial Sangamon en Old Crow". Se trata de la Localidad 12, un punto que había sido cortado por la erosión, en donde se excavaron sedimentos correspondientes al penúltimo glacial (Illinois), al interglacial Sangamon y al glacial Wisconsin. Aún reconociendo la dificultad de probar la acción humana, los autores consideran que no hay otra explicación para una serie de piezas talladas en marfil de mamut, que aparecieron en el sector atribuido al Illinois (en años: más de 120.000 antes del presente). No alcanzó a agregarse en este artículo el resultado de una datación U/To, que dio unos 300.000 años y que se suma a otros tres sitios americanos que han dado fechados similares por el mismo método (Calico, Hueyatenco, Toca de Esperanza: ver artículo del reseñante en prensa en el Libro de Homenaje a Eduardo Ripoll Perelló, UNED, Madrid). En el texto comentado se ilustran sólo dos piezas, que no permiten emitir una opinión sobre su posible carácter artefactual. Pero en vista de la experiencia de más de una década de éstos y de otros autores canadienses en el estudio de las piezas óseas, naturales y trabajadas,

correspondientes a momentos más tardíos del Pleistoceno, podemos confiar en la validez de su atribución. Demás está recalcar el carácter revolucionario de esas determinaciones cronológicas, y la necesidad de una actitud de prudencia (tanto a favor como en contra): hay que esperar nuevos datos y estudios.

El artículo siguiente corresponde a otra de las localidades de presunta alta antigüedad, postulada ya por el geógrafo Carter en 1957 y reiterada en 1980: los materiales líticos de las terrazas y flancos que rodean al Valle de la Misión (Mission Valley), al interior de la ciudad sudcaliforniana de San Diego. Aquí otro canadiense, Bryan Reeves, logró realizar en 1977 una excavación de salvataje en el sitio Mission Ridge, localizando una concentración de piezas de cuarcita cuyo análisis (realizado con sus colaboradores J. Pohl y J. Smith) llevó al reconocimiento de una industria de cuarcitas fragmentadas naturalmente y luego seleccionadas por el hombre, agregándose algunos retoques por percusión. El yacimiento es similar al de Texas Street estudiado por Carter, y por indicios geológicos ambos datarían del interglacial Sangamon o algo antes. Esta tradición industrial perduró hasta el Wisconsin medio, en donde se ubicaría otro conjunto lítico, el del sitio Brown, estudiado por otros. Es decepcionante la observación final del autor: "Si hace tres décadas las postulaciones de Carter se hubieran tomado en serio por parte de los arqueólogos profesionales como para verificarlas mediante buenos trabajos de campo, en vez de simplemente descartarlas, entonces habiéramos obtenido un importante cuerpo de datos sobre la presencia humana adaptada a la costa en el área tectónicamente emergente de San Diego. Lamentablemente, esta oportunidad prácticamente ha pasado, debido al intenso proceso de desarrollo urbano producido desde entonces" (p. 79). ¡Así vemos cómo lo negativo de la "escuela" ortodoxa pasó hasta al plano de la práctica científica!

Emma Lou Davis -meritoria etnóloga, arqueóloga y escritora californiana- vuelve aquí sobre un tema ya tratado en la obra de 1978 citada al principio: "Geoarqueología en China Lake", antiguo lago pleistoceno situado al pie meridional de la Sierra Nevada. Novedad interesante es aquí el hallazgo de dos lascas asociadas a un diente de mamut, cuyo fechado por la serie del Uranio dio unos 42.000 a. p., en un nivel alto del lago hoy desecado. (En niveles más bajos hay materiales de las culturas Lago Mojave y Clovis). Poco más al sur se halla el controvertido sitio de Calico Mountains, objeto del artículo siguiente, dedicado a su tecnología lítica por parte de su excavadora Ruth D. Simpson con sus colaboradores L. Patterson y C. Singer. (Como se sabe, la directora del San Bernardino County Museum había sido asistida en las excavaciones en 1964 y años siguientes por el célebre africanista Louis Leakey). Por la descripción y las fotografías parece claro que se trata de una verdadera industria de choppers y lascas que (como lo señala también

la autora) presenta similitudes con la de Chou-ku-tien y otros sitios del este de Asia. Lo que no nos resulta claro es si todo el material proviene del nivel fechado por el U/To en unos 200.000 años -otra inesperada novedad, dada a conocer inicialmente en el congreso de 1981 en México por R. Shlemon y otros-, pero aún cuando no fuera así, y aún cuando dicho fechado fuera erróneo, queda en pie la existencia de una industria auténticamente protolítica en lo que es hoy día una de las zonas más desérticas de América.

La siguiente es una noticia preliminar sobre un sitio en El Cedral (N. E. de México), por José Luis Lorenzo y Lorena Mirambell, en donde un fogón asociado a numerosa fauna extinta ha sido fechado entre unos 33 y 31.000 años a. p. Un raspador de calcedonia sorprende por su buena factura para esta época. Esperamos la continuación de las excavaciones en este interesante sitio. Una útil síntesis sobre las investigaciones en los bordes de la Sabana de Bogotá presenta luego G. Correal Urrego (sitios de El Abra, Tibitó y Tequendama, fechados en los dos últimos milenios del Pleistoceno, incluyendo también fases y sitios posteriores, y el estudio cultural, físico y paleopatológico de los enterratorios encontrados en algunos de esos sitios). También se hace mención de sitios en la costa atlántica y en el valle del río Magdalena. W. Mayer-Oakes trata luego en detalle la tecnología lítica en la Sierra ecuatoriana, más concretamente los talleres del cerro Ilaló (El Inga y San José). A los tres tipos de puntas de proyectil determinados inicialmente agrega otro ("de pedúnculo ancho", sólo conocido por fragmentos), y opina que la acanaladura presente en este y en el tipo "Cueva de Fell" (más conocido como "cola de pescado") y muy ocasionalmente en el tipo lanceolado es de origen local y no derivado de Norteamérica. Como aún no está aclarada la cronología de estos sitios, esa hipótesis queda por ahora como mera posibilidad. Comparación sistemática con el material recientemente descubierto en la región pampeana (cerro La China, cerro El Sombrero), de la misma antigüedad de que excavara J. Bird en la Patagonia meridional, así como las puntas de ese tipo, a veces acanaladas, del Uruguay, podría ayudar a clarificar el problema.

Pasamos al N. E. del Brasil, con la descripción preliminar de "las unidades culturales de São Raimundo Nonato", por su excavadora Niède Guidon, según el estado de las excavaciones en 1983, y alcanzando a agregar el fechado más antiguo de 31.500 a. p. obtenido en 1984. (Mientras tanto se ha llegado a niveles más profundos, con fechados que orillarían los 40.000 años). Como los fechados se obtuvieron de fogones, y son coherentes con las distintas profundidades alcanzadas por la excavación, parece que "no hay más remedio" que aceptarlos... Vemos en este artículo por primera vez ilustrados los toscos materiales de cuarcita -sobre guijarros y lascas- de los niveles antiguos

del abrigo Boqueirão da Pedra Furada. Para Brasil central tenemos luego dos buenas síntesis regionales: Minas Gerais y zonas vecinas, por André Prous (con mención de los más antiguos fechados obtenidos para el abrigo Lapa Vermelha, de 25.000 y 22.000 a. p., aunque carentes de una asociación cultural clara), y el S. W. de Goiás, por P. I. Schmitz, en donde la fase más antigua detectada es la de Paranaíba, ubicada entre unos 9000 y 7000 a. C. Sobre un "sitio arqueológico pleistoceno en ambiente de faldeo: Itaboraí, en el estado de Río de Janeiro" informan María C. Beltrão y colaboradores. Seccionando las capas guijarrosas de un largo faldeo (rampa de coluvio) aparecieron materiales líticos correspondientes al Pleistoceno final, y también en otra capa atribuida a una fase antigua del glaciario Wisconsin. No todo nos resulta claro en este breve informe, al menos desde el punto de vista cultural; por ejemplo, nos hubiera gustado ver una ilustración de la punta de proyectil apedunculada que se encontró, y saber a cuál de las dos capas culturales corresponde. En otro artículo la misma autora, con otros colaboradores del Centro Brasileño de Pesquisas Físicas, presenta un informe sobre las pruebas de Termoluminiscencia sobre 43 artefactos de sílex (*chert*) con signos de calentamiento por fuego debido a la mano del hombre, procedentes de diversas profundidades de la "Camada III" del discutido sitio Alice Boer en São Paulo. En la medida en que este método de datación aplicado a material lítico sea confiable, se observa una confirmación básica -con algunos corrimientos de los fechados radiocarbónicos dados a conocer en 1974. No obstante, algunas dudas persisten, y sobre todo, no hay en nuestra opinión seguridad acerca de los 14.200 años a. p. de antigüedad para la más antigua punta pedunculada. (Ver Prehistoria de Sudamérica: culturas precerámicas, Alianza Ed., Madrid 1988, p. 172). Sobre el mismo sitio hay un breve comentario de W. Hurt, quien confirma en líneas generales los datos e interpretaciones de Beltrão y señala la similitud de la industria de los niveles antiguos (pre-puntas) de Alice Boer en parte con Itaboraí y en parte con la que él y G. Correal excavaron en El Abra en Colombia ("tradición de lascas retocadas en el filo"), cuya fecha más antigua de unos 12.500 a. p. es algo menor que la atribuida indirectamente a dichos niveles. También nos parece importante la observación de que en la no muy lejana región de Lagoa Santa (Minas Gerais) las puntas pedunculadas no se remontan más allá de los 10.000 a. p. (8000 a. C.). Las atinadas observaciones de Hurt no logran borrar totalmente la "problematicidad" del que en su momento parecía ser el sitio arqueológico más antiguo del Brasil.

Los últimos seis trabajos se refieren al Cono Sur. Listamos: Investigaciones en el Sitio 2 de Arroyo Seco (Tres Arroyos, Prov. Buenos Aires), por G. Politis, L. Meo Guzmán, F. Fidalgo, M. Salemme y E. Tonni; explotación temprana de recursos faunísticos en la Patagonia, por G. Mengoni; Cazadores de Mylodon

en la Patagonia Austral, por L. A. Borrero; Cueva Las Buitreras (convivencia del hombre con fauna extinta), por S. Caviglia, H. Yacobaccio y L. A. Borrero. A estos cuatro excelentes trabajos de jóvenes investigadores argentinos se agregan dos sobre el importante yacimiento de Monte Verde en el sur de Chile: T. Dillehay: Características y relaciones culturales del establecimiento pleistoceno de Monte Verde; M. Collins y T. Dillehay: Análisis del material lítico de dicho sitio y sus implicaciones para los estudios acerca del *Early Man* americano. En este último se demuestra cómo a veces una industria lítica simple y tosca puede estar asociada a elementos perecederos no tan simples, y a un modo de vida cuasi-sedentario. A la descripción del sitio ubicado alrededor de los 13.000 a. p. (11.000 a. C.) se agrega una nota con el dato -sensacional, si se confirma- de una presencia del hombre en el 33.000 a. p. o algo más. (Dos fechados obtenidos de sondeos complementarios, que llegaron a un nivel más profundo). ¡Una inesperada competencia con São Raimundo Nonato! El libro termina con una nota acerca de las actividades del Center For the Study of Early Man de la Universidad de Orono en Maine, por su director R. Bonnichsen y una colaboradora.

Como se dijo al principio, se trata de un libro de enorme valor, que complementa muy bien el que Alan Bryan editó en 1978. Aparte del interés informativo de cada trabajo, representa en su conjunto "un empujón más" (y esperamos que decisivo) para la aceptación de un temprano poblamiento del continente, varios milenios anterior al surgimiento de los cazadores superiores. Y por lo tanto, de la real existencia de un estadio tecnocultural protolítico (denominación de Menghin, que nos sigue pareciendo la más adecuada y además prioritaria respecto a otras como "arqueolítico", "pre-puntas de proyectil", etc.), y de la existencia de procesos muy variados de evolución, adaptación y migración durante por lo menos los últimos 25.000 años del Pleistoceno americano.

Juan Schobinger

LUMBRERAS, LUIS. *Arqueología de la América Andina.* Lima, Editorial Milla Batres, 1981.

El autor intenta asociar diversas áreas desde el sur centroamericano y el Caribe, hasta la Patagonia. Zona amplísima